

La Guerra de la la Independencia y Torrelaguna



La Guerra de la Independencia española, parte de nuestra historia.

La Monarquía española de Carlos IV había firmado una alianza con Francia en 1796. Pero tras la Batalla de Trafalgar, en la que se perdió la flota española, Napoleón fue cambiando sus propósitos con respecto a España. Inició un plan de intervención, para continuar con uno de ocupación, que culminaría con el de sustitución del rey de España, Fernando VII, por José I Bonaparte.

Napoleón pensó que la debilidad de la Monarquía española, en plena disputa por el trono entre Carlos IV y su hijo Fernando VII, le facilitaría sus planes. Pero el Emperador no contaba con la actitud del pueblo español, que no estaba dispuesto a aceptar la presencia francesa en su suelo.

El 2 de mayo de 1808 en Madrid el pueblo, que se sintió traicionado por los presuntos aliados, al darse cuenta de que sus intenciones eran las de ocupar por la fuerza la capital y toda la Península, se levantó en armas contra las tropas francesas. Aquella jornada fue sólo el comienzo de una larga guerra de resistencia.

Las abdicaciones de Bayona dieron el trono a José Bonaparte, que se convirtió en José I y rápidamente cruzó la frontera con su ejército. Pero su paso por la Corte fue breve, y en agosto tuvo que salir con su séquito hacia la línea del Ebro. Desde los primeros momentos de la contienda, fue el pueblo el que sufrió las consecuencias más terribles. La retirada de José I hacia el norte supuso destrucción y saqueo en los pueblos que encontraban en su camino. Entre los lugares que sufrieron las consecuencias del paso del ejército indignado estaba Torrelaguna. Esta población es el ejemplo de lo que ocurrió en el resto de la sierra madrileña. Saqueo y destrucción de edificios religiosos



y civiles, desaparición de obras de arte y documentación municipal, robo de víveres y animales, y agresiones incontroladas a la población. Las tropas francesas se movían por el miedo y la venganza hacia un pueblo que creían inferior pero que plantaba cara al ejército más poderoso del mundo.

Muy pocos son los documentos que se conservan en Torrelaguna de los momentos de la contienda contra los franceses, incluso de los años inmediatamente posteriores. Los que no fueron quemados, pasaron a Francia con los ejércitos, y a pesar de las numerosas disposiciones que a partir de 1814 se dieron para recuperar lo perdido, poco regresó a España. Una de las disposiciones al respecto es la circular de julio de 1816, que además de ocuparse de las reclamaciones sobre bienes de todo tipo confiscados por el Estado francés, hace referencia a la documentación desaparecida:

“...Por el artículo 31 del tratado de 20 de julio de 1814 pertenecen a objetos de justa reclamación los archivos, mapas, planos y láminas que hayan sido substraídos en los países momentáneamente ocupados por los diferentes ejércitos franceses”

En realidad las pérdidas patrimoniales en Torrelaguna aún hoy son visibles. Las tropas destruyeron gran parte de la muralla que hasta entonces había protegido a los habitantes, que poco a poco aprovecharon los restos para reconstruir sus propias viviendas y tinados. Sólo se mantienen en pie algunos fragmentos, la puerta del Cristo de Burgos y la torre de la Montera.

El Monasterio Franciscano de la Madre de Dios también sufrió la furia del ejército francés. Mandado construir por el Cardenal Cisneros en 1512, se había convertido en un centro de estudios de gran importancia para la zona, además de constituir una joya arquitectónica. Muy poco ha quedado de este edificio, la espadaña y parte del cerramiento de la iglesia,



absorbido por las construcciones circundantes. Los intentos de reconstrucción posteriores al paso de las tropas francesas no dieron su fruto, aunque continuó durante algunos años con la actividad intelectual. Algunas obras de arte incluso los enterramientos que albergaba la iglesia pudieron salvarse, pero la desamortización de los años posteriores hizo el resto, y nada se pudo hacer por recuperar el edificio. Entre los documentos conservados en Torrelaguna también se encuentra una escritura temporal hecha a favor de los frailes y convento de San Francisco del 24 de mayo de 1815, que entre otras cosas dice:

“...y en cumplimiento del Decreto de 21 de mayo de 1814 en que su Majestad se sirve declarar por punto general se devuelvan a los regulares todos sus conventos y pertenencias según el estado en que se encuentren en el día, de los cuales fueron despojados por el gobierno intruso...”

Retiradas las tropas de la sierra madrileña, todo parecía indicar que comenzaba la recuperación para las gentes del campo. Los habitantes de los pueblos más afectados, regresaron a sus tierras con la esperanza de recuperarse del duro trance. No podían imaginar que se encontraban en el inicio de una guerra que duraría hasta 1814 y que las condiciones de vida de la población aún tenían que empeorar.

Napoleón se puso al frente de la operación tras el repliegue de su hermano José. Atravesó Francia y comenzó a ganar posiciones; Vitoria, Tudela, Burgos, Aranda de Duero... hasta llegar al paso de Somosierra, donde se libró la batalla más cercana a Torrelaguna.

El ejército español que iba a hacer frente al Emperador estaba compuesto por una mayoría de voluntarios. Desfilaron por el Camino de la Herradura de Burgos hacia la Sierra, pasando por Hortaleza, Alcobendas, San Agustín y Buitrago; eran gentes de todos los lugares de la Península, incluso de Bélgica



o Irlanda y muchos madrileños y de los pueblos de alrededor. A pesar de la escasez de vestuario, de alimentos y de municiones y a la falta de pericia en el manejo del armamento, estaban dispuestos a defender el paso de Somosierra para frenar la incursión a Madrid. El 30 de noviembre de 1808 desplegaron los pocos medios que tenían, dispusieron los cañones en 4 baterías escalonadas por el Camino del Puerto y aguardaron entre la espesa niebla.

Dada la abrumadora superioridad numérica y la calidad de las tropas francesas era previsible una rápida conquista de este estratégico puerto, último obstáculo en el camino hacia Madrid. La espesa niebla del día elegido para el ataque hizo muy lento el avance francés, y se detuvo totalmente al llegar a la altura de los tiradores de la vanguardia española refugiados en las laderas del paso. A ello hay que añadir las dificultades que ofrecía el terreno, que obligó a los mariscales franceses a cambiar varias veces de estrategia para hacer frente a la artillería española. A media mañana Napoleón se vio obligado a examinar desde un punto avanzado el campo de batalla, y fue entonces cuando decidió que interviniera la caballería ligera polaca. La carga apenas duró unos minutos y aunque más de la mitad de los 150 jinetes que la protagonizaron fueron bajas, provocaron la retirada de la infantería española.

A comienzos de 1809 la situación en España era la siguiente: la mayor parte de la mitad norte se hallaba bajo el control de las armas francesas y el ejército regular español había sido prácticamente destruido. Parecía que los principales obstáculos para la ocupación del territorio español habían desaparecido y que el avance hacia el sur no tendría ya dificultades, con lo que la Monarquía de José Bonaparte podría ya asentarse definitivamente. Pero fue justamente entonces cuando hizo su aparición la “guerrilla”, esa forma tan peculiar de hacer la guerra que los españoles arbitraron para poder hacer frente al formidable ejército napoleónico, contra el que no tenían ninguna posibilidad de actuar por los medios convencionales.



La guerrilla fue un fenómeno de participación popular que refleja la actitud decidida de toda una nación en armas para liberar al país de la ocupación extranjera. Su origen fue diverso, cada “partida”, o grupo de hombres armados, estaba compuesta o bien por algunos soldados del ejército regular desenganchados de sus unidades, o por campesinos, o incluso por contrabandistas y bandoleros. El único requisito indispensable para formar estas partidas era la existencia de un cabecilla que dirigiese y organizase, aunque en la mayor parte de las ocasiones fuera un hombre con poca o ninguna experiencia en las artes militares, pero sí conocedor del terreno y con dotes de mando. Juan Martín el Empecinado, Espoz y Mina, el Cura Merino y tantos otros dirigentes de la guerrilla se convirtieron en auténticos héroes de la guerra de la Independencia.

En 1812, Napoleón se vio obligado a sacar tropas de España para emprender la campaña de Rusia. La disminución de la presencia militar francesa, que quedó reducida a 200.000 soldados, inclinó definitivamente la guerra en favor de los españoles. Diferentes victorias españolas provocaron el repliegue francés hasta la frontera de los Pirineos. Así terminaban seis años de guerra en España que, sin duda, contribuyeron de una manera decisiva a quebrantar la fortaleza del Imperio napoleónico. La Guerra de la Independencia española fue la primera de las guerras de liberación nacionales en la que el gran Imperio napoleónico fue vencido.

Beatriz Medranda Pascual
Mónica Vargás Guitart